

PARA EL
AMOR
DE MI VIDA

PARA EL
AMOR
DE MI VIDA

PARA ESCUCHAR LO QUE DICE EL CORAZÓN

EZEQUIEL JIMENEZ

Copyright © 2011 por Ezequiel Jimenez.

Número de Control de la Biblioteca del Congreso de EE. UU.:	2011961068
ISBN:	Tapa Dura 978-1-4633-1391-3
	Tapa Blanda 978-1-4633-1392-0
	Libro Electrónico 978-1-4633-1393-7

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación, o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación, sin permiso escrito del propietario del copyright.

Este Libro fue impreso en los Estados Unidos de América.

Para pedidos de copias adicionales de este libro, por favor contacte con:

Palibrio
1663 Liberty Drive
Suite 200
Bloomington, IN 47403
Llamadas desde los EE.UU. 877.407.5847
Llamadas internacionales +1.812.671.9757
Fax: +1.812.355.1576
ventas@palibrio.com

INDICE

Prólogo.....	11
Capítulo I: La Noticia	15
Capítulo II: Mi Historia.....	26
Capítulo III: Más Campana y Más Escuela.....	38
Capítulo IV: Otoño 1990.....	50
Capítulo V: De La Noche A La Mañana.....	71
Capítulo VI: Reencuentro	88
Capítulo VII: La Adolescencia.....	102
Capítulo VIII: El Amor Y El Orgullo	112
Capítulo IX: La Gran Despedida.....	127
Capítulo X: Fotos Y Recuerdos.....	137
Capítulo XI: Esperanza.....	145
Capítulo XII: Reflexiones	157
Capítulo XIII: Palabras Para Un Recuerdo.....	164

Dedicatoria

Decir gracias no sería suficiente para un ser que le dio la vida a aquella persona que me permitió ver la luz. Con todo mi amor y el respeto que se merece, dedico este maravilloso libro a mi querida abuela Altagracia Sánchez. Que en paz descanse. Quiero decirle, mediante este esfuerzo intelectual, que no se fue sola, sino que también se llevó el corazón de todos los que la quisimos. Este libro es una manera de decirte gracias y de rendirte un póstumo homenaje, porque fuiste una persona especial. ¡Que Dios te tenga en la gloria!



Altagracia Sánchez, nacida el 21 enero de 1935, día en que se conmemora la patrona del pueblo dominicano, y fallecida en la paz del Señor el 21 junio de 2002.

«El amor es paciente, servicial y sin envidia. No quiere aparentar ni se hace el importante. No actúa con bajeza ni busca su propio interés. El amor no se deja llevar por la ira, sino que olvida las ofensas y perdona. Nunca se alegra de algo injusto y siempre le agrada la verdad. El amor disculpa todo; todo lo cree, todo lo espera y todo lo soporta».

Primera carta del Apóstol San Pablo a Los Corintios 13: 4-8

PRÓLOGO

A los nueve años de haber nacido, conocí la persona que cambió mi vida y mi futuro, y como es una larga historia no quisiera contarla en un párrafo o en una hoja escrita, ya que no es tan sencilla ni simple de comprender.

Han pasado diecinueve años desde ese día y de seguro que las personas que estuvieron conmigo durante esa época, a lo mejor, le gustaría que se la detallara. Sé que no soy el único en este mundo que le haya surgido un amor a primera vista. Esta es la razón por la cual me gustaría compartirla.

Tengo veintisiete años, y aún lo recuerdo, porque viven en mis pensamientos, es por eso que a veces lloro, y lo hago cuando en los momentos más difíciles de mi vida vuelven a revivir aquellos malos recuerdos de la infancia. En los instantes de soledad, me pongo a pensar que a una persona se le hace fácil escuchar la historia de otro. Sin embargo, es difícil describir la suya. Describir esos momentos que en nuestras vidas nos llenaron de emociones. Pero también comprendía que muchos de esos momentos no eran gratos.

Antes de escribir mi historia, me hice algunas preguntas: ¿Cómo una persona puede escribir los pensamientos y los recuerdos tal como se los imagina? ¿Cómo encontrar las palabras y frases exactas que caigan en el lugar adecuado? Esos fueron algunos de los cuestionamientos que me hice, mientras trataba de dejar un recuerdo inolvidable sobre mi vida, como un libro abierto.

Mi madre me dijo en una ocasión que para narrar o contar una historia teníamos que vivirla. La mía fue vivida, y eso era lo interesante.

Cuando conocí aquella persona que cambió mi vida, puedo decir que fue lo mejor que me pudo pasar. En aquel tiempo, la comparaba con una flor y podía decir que era tan hermosa como el atardecer. Recuerdo aquel otoño de 1990 que marcó mi vida para siempre. Aquel día, el sol quiso ocultarse detrás de las nubes, pero no pudo. Se quedó contemplando aquella doncella de ojos azules.

Meses después del nuevo milenio, aprendí que el amor es soñar despierto, ir a lugares ignotos. También aprendí que hay que dejarse querer, porque el amor no hiere y siempre está a tu lado.

Mi vida parece una novela sin final, una historia de amor, donde soy el protagonista principal. En el año 2001, le di las gracias a nuestro Creador por haberme dado la oportunidad de ver las cosas tal como son, y el mundo de la forma que más lo entiendo. Yo luché por la mujer que tanto quise. Si pudiera describirla, quizás no encontraría las palabras exactas para hacerlo.

Es triste cuando uno pierde la persona que más amó. Cuando conocí el amor de mi vida, desde ese mismo instante supe que era la flor predilecta del jardín. Aquel manantial de amor desapareció, dejando desolado aquellos que vivíamos de él. Hoy camino sin rumbo en el tumulto de la gente, buscando lo que me pertenecía. A veces me siento un lunático, porque todavía se me hace difícil creer que no está conmigo.

Mientras yo estaba perdido en el mundo imaginario del amor, mi madre combatía con la lucha de la familia. Aquellos días oscuros fueron difíciles para ella. Esta lucha era por precaria situación de trabajo y por lo poco que ganaba vendiendo lotería. Mi padre no vivía con ella y casi no obtenía ayuda de su parte, ya que éste se había olvidado de su paternidad responsable.

Las Guáranas, municipio de la provincia Duarte, República Dominicana, es el pueblo donde nací. En este lugar, para ese tiempo, el modo de vida estaba recio; la gente apenas encontraba para la sobrevivencia. En mi casa, nos manteníamos con lo que podíamos conseguir. «Maldito lugar, ya que cada día la situación de trabajo era peor». Esas fueron las palabras de mi tío Ñeco, una vez que estuvo más embriagado que nunca.

Mi abuela Altagracia tenía diabetes y mi madre se hacía cargo de su cuidado. Cuando Ñeco tomaba, casi siempre alteraba la salud de mi abuela. Para entenderlo había que tomar un curso de idiotismo al igual que él.

Yo fui creciendo con los años y sentía que la vida me enseñaba algo nuevo. Miguel Brito, mi abuelo materno, como era la costumbre de las personas mayores del lugar, me regaló un machete cuando yo tenía seis años y también me enseñó a trabajar en el conuco. Lo usaba día tras día, de sol a sol, para que fuera un hombre de trabajo. Así pasaron tres años.

Un día, mientras limpiaba un conuco que tenía sembrado, en el patio de mi casa, conocí una doncella. Al menos eso creí en ese instante. Después

de ese día, cambió mi estilo de vida, cambió mi forma de pensar. Los años siguientes hasta el día de hoy, están marcados para siempre. He traído aquí este recuerdo acaudalado para compartirlo y poder traer a la luz una moraleja que yo aprendí.

CAPÍTULO I

La Noticia

Se puede decir que la vida nos trae sorpresas, ¿pero qué se puede hacer si es parte de la vida? Yo no era exactamente la mejor persona del mundo, pero tenía mis luces y sombras. Trabajaba en un restaurante y me agradaba estar allí, era un lugar agradable, pero allí no podía describir mi vida, porque variaba a cada segundo. Hubo día que el trabajo fue diferente a los anteriores, y pasé todo el tiempo como un autómata, como si estuviese perdido en mi propio mundo. No pensaba más que en irme a casa. Desilusionado, sin razones o motivos algunos, empecé a sentirme solo.

Había llegado a los Estados Unidos el 27 de junio de 1995, y hasta esta fecha en que decidí escribir esta narración como una forma de desahogo personal no había encontrado felicidad. Tenía un buen trabajo y vivía cómodo, pero como cualquier ser humano, me faltaba algo. Era verano de 2003, y mi vida seguía caminando por diferentes caminos, pero ninguno tenía mi proyección. Vivía solo en un apartamento rentado en Perth Amboy, un pequeño pueblo del Estado de Nueva Jersey.

Mientras subía las escaleras para entrar al apartamento, mi cuerpo transpiraba el calor. El aire estaba tórrido y el clima no mostraba señal de mejora. En ese momento, me entró un presentimiento extraño, de advertencia. Al entrar al apartamento y al abrir la puerta, la sensación aumentó. Caminé hacia mi cuarto, especulando rumores. Yo era una persona emotiva y cualquier cosa que fuese, por más pequeña, la pensaba mucho. Trataba de desestimar la idea de que algo andaba mal, pero a la vez, tenía deseo de descifrar el mensaje. Quizás en algún rincón de mi cabeza algo me quería decir que pensara en el presentimiento. Al mismo tiempo, mi cuerpo se sofocaba y mi mente se agitaba. Tomé una toalla y fui a darme un baño. Pero el baño no me ayudaba a evitar la situación.

Empecé a preocuparme por la gente querida, por aquellos que se preocupaban por mí: mi madre, mis tíos y hermanos. Pero sobre todo por Massiel, la razón por el cual mi corazón latía con fervor.

Después de haberme duchado, me asomé a la ventana y observé el tránsito para distender la tensión. El sudor empezó a corretear por la frente. Pero nada de eso me ayudaba: las dudas y las preocupaciones me llegaban muy de prisa.

El sueño se apoderaba de mí, y abrí las ventanas para tomar un poco de aire fresco y ventilar el cuarto. Me acosté dando vueltas en la cama, tratando de conciliar el sueño, pero los intentos cada vez parecían en vano. Mientras los minutos y las horas pasaban, el cuerpo empezó a darse por vencido.

No sé cuánto tiempo había dormido cuando escuché el teléfono sonar de forma imprevista a esas horas de la noche. Me hizo despertar de una forma peculiar, como si hubiese regresado de una anestesia general. Me levanté somnoliento y prendí el ventilador que estaba frente a la cama. No tuve tiempo de contestarlo, así que volví a la cama.

Volvió a sonar, tomé un fuerte suspiro y contesté estrechando los brazos. Mientras lo sujetaba, recordé el presentimiento. Las manos me temblaban y la voz fue suave al contestar.

—Hola, ¿quién me habla? —pregunté, esperando no escuchar noticias desagradables a esas horas de la noche.

—Es Americana, mi niño lindo —respondió con un tono de voz diferente a los anteriores.

Ella, por lo general, me hablaba entusiasmada, porque teníamos una historia vivida. La conocía desde que tuve uso de razón, y ella, desde mi nacimiento. Lo nuestro estaba sujetado por el amor que le tenía a su hija, un amor que fijaba un lazo entre nosotros indestructible.

—¿Cómo estás? —me preguntó.

Traté de evitar lo más que pude preguntas comprometedoras.

—Estoy bien, por ahora —le contesté sin deseo de entablar una conversación que introdujera problemas o tormentos.

Ella me llamaba pocas veces, y cuando lo hacía, casi siempre era para hablar de problemas incógnitos.

—La razón de mi llamada es para decirte que Massiel se puso muy mal y tuve que internarla en el hospital —me dijo de forma piadosa.

En ese mismo instante, mi cuerpo quedó petrificado, sentí como si me hubiesen estado incrustando un cuchillo a sangre fría. Me sentí frenético, al mismo tiempo, porque le había prometido a ella que por siempre íbamos

a estar juntos, promesa que era difícil de cumplir por las circunstancias del tiempo y la distancia. Promesa semejante a unir la Tierra con el Sol. Recordé por un instante lo fácil que era prometer en nuestra adolescencia, cuando las promesas, aunque no se cumpliesen, no importaban. Pero ahora vivía en una época donde algunos sobrevivían, porque otros los mantenían con vida. También recordé que esa época había pasado, y que aquellos tiempos dorados eran historia.

—¿Qué le sucedió? —le pregunté, sintiéndome angustiado.

Mi corazón aumentó los latidos acostumbrados, se quería salir del pecho. Y de repente el mundo dejó de existir para mí, todos mis sentidos se concentraron en el teléfono, se había olvidado el sofocante calor del verano.

—Ella estaba trapeando, cuando de repente la vi marearse. Su cuerpo quedó sin fuerza y sin ánimo de hablar. Llamé al vecino para que me ayudara a llevarla al hospital. Gracias a Dios que no le ocurrió nada preocupante. El doctor dijo que está mejorando y que mañana posiblemente le daba de alta —dijo.

No me convenció mucho su relato conciso.

—¿Desde cuándo le están ocurriendo esos desmayos? —le pregunté curioso.

Se quedó pensando para luego darme una respuesta babélica.

—Hace dos meses que esto le está ocurriendo —dijo.

Empezó a preocuparme más, y nada de eso tenía sentido para mí. Desde el mes pasado le estuve preguntando por su hija y siempre estuvo bien, según ella. Massiel no me había dado ninguna señal de que se sentía mal. «¿Será que Americana está ocultándome algo?», me pregunté a mí mismo, buscando sospechas.

—Toma las cosas suaves, tú tienes problemas allá tanto como aquí —dijo tratando de tranquilizarme.

—Si esto le estaba ocurriendo anteriormente, ¿por qué no me lo dijiste? —le pregunté, un poco alterado.

Empecé a tener sospechas de que algo estaba ocurriendo, pero no tenía la mínima idea de qué se trataba.

—No quería preocuparte —respondió.

—¡Claro que me preocupa, se trata de alguien importante en mi vida! —le respondí, mostrándole una actitud agresiva y su reacción fue cerrar el teléfono.

Mi corazón estaba indignado, mientras que los sentidos combatían contra él y la mente se mantuvo intacta. Empecé a sollozar de manera

penosa y las lágrimas empezaron a deslizarse por mis mejillas. Y como los problemas llegan sin avisar, este me había llegado de sorpresa. Cerré el teléfono sin ánimo alguno; me sentí petulante ante lo que Americana me había confesado. Para mí, el mundo volvió a su hábito natural, a su lugar. El calor empezó a molestarme, el ruido de los automóviles, y lo mucho que maldecía la distancia.

Massiel alimentaba mis sueños y todo mi ser sabía que la amaba con toda mi alma, con un amor intenso. Los sentidos me dictaban que la buscara, que volviese a encontrar mis sueños. La preocupación aumentó, y cada vez me daba algo más que pensar. Pensaba en aquel día que había abandonado mis sueños, donde personas que no conocían mi vida me habían tirado al mar sin saber nadar. No lo culpaba, sino a los sacrificios que uno tiene que hacer para ayudar a la familia, al prójimo. Aquellos sacrificios fueron crueles, porque me hicieron abandonar mi felicidad.

Americana no me dejó conforme, su relato me dio a entender que había algo más. En casos como ese, acudí a una persona que no guardaba secretos para sus hijos: llamé a mi madre. Y como cualquier persona que busca una respuesta o solución, le pedí su ayuda.

—No sé nada. A Massiel no la he visto esta semana —respondió, dejándome en el limbo.

Me persigné y me dije a mí mismo que permaneciera en calma. Ese mismo día, antes de que la tarde concluyese, llamé al trabajo. Le di una breve explicación a mi supervisor y le pedí unos cuantos días libres. La ansiedad se apoderó de mí, y lo único que pensé fue descubrir lo que estaba pasando por mí mismo. Luego, fui a una agencia de viaje a comprar un boleto de avión. Al regresar, le hablé a mi padre para que fuese a procurarme al aeropuerto.

Esa noche, mientras preparaba el equipaje, pensé en muchas cosas. Pensé en la gente, de cómo el mundo cambiaba, de los cambios sorprendentes, y como aquellos que buscan sueños terminan abandonando otros. Había partido de mi tierra en busca de nuevas esperanzas, en busca de sueños desconocidos. Hubo una vez, una época en mi vida donde las preocupaciones y las angustias no existían. Una época de amor, donde las personas no mostraban malicia hacia mí. También pensé que esa época había pasado, que aquellos días habían quedado atrás, en el pasado. Hurgué entre las gavetas, empacando cada parte de mí.

No podía conciliar el sueño. Por mi mente cruzaban varias preguntas. ¿Por qué las cosas suceden cuando uno menos las esperas? Esa misma noche, aquellas preguntas quedaron sin respuestas. Me levanté y me asomé a la ventana. Miraba hacia el cielo, tratando de ver las estrellas. Recordé en mi

infancia, junto a mi amigo Manuel, cuando frecuentábamos observar las estrellas desde el techo de mi casa. Observábamos el cielo lleno de estrellas y lo cerca que se veían.

Manuel era una de aquellas personas que habían quedado atrás, no olvidado, sino distanciado. Pero yo era grande, un adulto, y comprendía que los amigos no estaban por siempre. Los amigos crecen y migran, no siempre cerca de los demás. Esos amigos quedan recordados hasta que su nombre vuelva a pronunciarse. Yo tenía una vida afortunada: una porque había tantas personas maravillosas que me tocó compartir la adolescencia; y otra, por las personas que me ayudaban a seguir hacia delante. Regresé a la cama y lloré el desconsuelo.

A primera hora en la madrugada, antes de que el sol lanzara los primeros rayos de luz, partí hacia el aeropuerto con la esperanza de reencontrarme con mis sueños, de volverle la felicidad a mi ser. Tomé el equipaje como si fuese para no regresar, pero sabía que eso no podía ser. Como era un fiel creyente de Dios, fui rezando el Padre Nuestro. El viento estaba cálido. Se sentía un poco tenebroso el ambiente. No había neblina, parecía que iba ser un día caluroso. Le di la señal a un taxi para que se detuviera. Mientras tomábamos nuestro rumbo, observaba las personas desamparadas, contemplaba como ellos tomaban las calles para ir a sus hogares, parecían que no tenían otro lugar a donde ir. La mente se me distraía mientras observaba los edificios, los árboles, y los pensamientos que volvían a mi cabeza. Pero una cosa me ayudaba a dispersar las angustias: saber que regresaba al lugar que anhelaba, a la gente que añoraba.

Cuando llegué al aeropuerto, la gente empezó a mirarme y a tratarme como si fuese una persona con problemas de adicción. Tal vez fue porque tenía el rostro caído y el cuerpo afligido. Los ojos se me pusieron oscuros y me sentí mareado. No había comido después que hablé con Americana. Cuando cruzó su nombre por mi cabeza, fue entonces cuando pensé lo peor: algo extraño está pasando. Estaba solo y no tenía alguien que estuviese conmigo para decirme que todo estaba bien. Sabía que necesitaba de un amigo, de una mano amiga.

El vuelo se atrasó media hora; esto hizo que me impacientara más. Entre la multitud, me sentía extraño, porque no conocía a ninguna de las personas que estaban a mi lado; pero comprendía que esa era la esencia de la situación.

No esperé mucho tiempo para abordar al avión. Sentí una fuerte congoja en mi pecho. Quise cerrar los ojos para tomar una tregua, pero no pude. En ese momento, se acercó alguien que me dijo:

—*Something to drink?* —era una azafata quien me preguntaba en inglés, mientras pasaba por mi lado, si deseaba algo para tomar.

—*A bottle of water, please* —le respondí, pidiéndole una botella de agua.

Tuve un fuerte dolor de cabeza y empecé a sentir que me iba creciendo. En ese momento pensé en mi abuela, ya que en momentos como ese ella siempre me auxiliaba. Cada vez que pensaba en ella, se me nublaban los sentidos, me deprimía. Me preguntaba dentro de mí qué era de su existencia, si estaba en la llamada gloria.

Cerré los ojos y los abrí cuando llegué al Aeropuerto Internacional del Cibao, en Santiago de Los Caballeros. Al desbordar el avión, sentí el cambio de temperatura. Mi padre estaba en el salón de espera. Al llegar a él, la emoción corrió dentro de su cuerpo.

—¿Cómo estás, hijo? —me preguntó. Nos saludamos con alegría, después de un tiempo sin vernos.

—No me siento bien —le respondí.

Me sentí mejor después de verlo. Él, como padre, entendió mi preocupación, aunque nunca estuvo a mi lado para verme crecer. Él nunca llevó una relación formal de pareja con mi madre, pero tampoco le podía llamar fornicador. No tenía derecho de juzgarlo ni tampoco era el momento preciso para hacerlo, ya llegaría el momento de hablar. Yo no podía hacer nada al respecto, y lo más intelecto fue divagar el asunto.

Al procurar el equipaje, sentí parte de mí regresar a la tierra que me vio nacer. Saliendo del aeropuerto, volví a sentir la brisa cálida y tropical de esta fértil tierra. Caminé mirando todo alrededor de forma extraña, y lo ínfimo fue el recordar que en una época todo aquello me fue familiar. Subí al carro de mi padre; él se encargó del equipaje.

Mientras nos dirigíamos hacia mi casa, saqué la mano derecha para sentir el fuerte viento. Estribé el asiento hacia detrás. Y mientras continuábamos, seguía admirando la belleza de los árboles y las flores que adornaban los jardines del aeropuerto y que servían de adorno a las casas que se encuentran en el trayecto.

—¿Tienes hambre? —me preguntó.

—Sí —le respondí. Él vio que le puse la mirada pálida al contestarle, y lo menos que esperaba fue algún comentario.

—Cambia de padecer, no te rindas cuando más tienes que luchar.

No sé qué sentí, pero ejercí el ánimo. Tal vez estaba poniendo las cosas más grandes de lo que eran. Pero también pensaba que muchas veces se le hace fácil a una persona aconsejar a otra. Cómo saber si funcionarán, o más

bien, ¿serán los consejos correctos? No lo sabía, pero aún así, mi corazón seguía latiendo con firmeza.

Nos detuvimos en una posada. Éstas les sirven a aquellas personas que toman viajes largos y necesitan un descanso en el camino. Nos sentamos en una de las esquinas del lugar. Me sentí pequeño entre la multitud.

—Hola morena, que hermosa te ves —le comentó mi padre a una de las meseras mientras pasaba por su lado.

Mi padre siempre fue un gran admirador de la belleza femenina.

—Tu padre debió de ser pirata —volvió a comentarle a la mesera, pero esta vez ella le prestó atención.

—¿Por qué? —le preguntó la mesera, poniendo cara curiosa.

—Porque eres un tesoro.

Lo cierto fue que hasta yo me reí. Pero a ella le encantó tanto que hasta le pidió otro. Yo no tenía apetito, y el alboroto de la gente me empezó a molestar. Como no tenía deseo de comer, salí a tomar aire fresco. Me paré al lado de un zafacón de basura, pero el pestazo fue tan fuerte que no lo pude aguantar. Volví hacia donde mi padre para decirle que nos fuéramos. Él comprendió, sabía muy bien que había gente que nos esperaba y lugares a donde ir.

Al subir de nuevo en el carro, bajé el cristal y el fuerte viento empezó acariciar mi cuerpo. El clima, el ambiente y la gente concluían todo lo que era mi verdadero mundo. Qué gusto me daba ver los niños jugando en las calles con libertad y ver mi gente nuevamente, pensé. Sentí que estaba en el lugar donde pertenecía, el lugar donde los sueños se quedaron esperándome.

Al presentarme frente a mi casa, aquellos que me conocían me saludaron con sonrisas, y los que no, con gestos. No fui un extraño los que me esperaban, todos me conocían. Allí crecí, me crié, y pasé los momentos más importantes de mi niñez.

—Me da mucho gusto verte de nuevo en casa —me dijo Georgina, mientras me abrazaba.

Mi madre no pudo contener el llanto y se derramó en lágrimas. Ella era una persona emotiva, no importaba qué noticia fuese, buena o mala, siempre la recibía con lágrimas. Yo era igual, me parece que lo había heredado de ella. Mi padre entró el equipaje silenciosamente. Me sentí mucho mejor al ver que ellos me apoyaban. A las personas que tuve tiempo sin verlas, las vi muy diferentes. Los que una vez conocí blancos, parecían morenos. Y los que eran flacos, los veía gordos y altos. Aquellas caras que una vez fueron inocentes para mi, las vi adultas.

—¡Mi amigazo, cuánto gusto me da verte! —gritó Manuel.

A mí también me dio mucho gusto verlo. Manuel y yo teníamos un fruto importante en la vida, el fruto de la amistad. «Qué bien me siento en mi hogar», me dije a mí mismo. Luego, fui a asearme para deshacer un poco el estrés y retomar energía.

Mi padre me esperó pacientemente mientras me arreglaba para ir a ver a Massiel. Derramé unas cuantas lágrimas en el baño, no sé si fue porque me sentía desolado o por el simple hecho de que podía esperar una sorpresa en el hospital. No sé por qué lloré, pensé en mi debilidad como ser humano. No era una persona fuerte como para aguantar esos tipos de situaciones. De camino al hospital, hice lo que una persona con fe haría, recé en mi interior:

«Dios mío, protégela y danos la oportunidad aunque sea de encontrarnos nuevamente; de lo contrario, que sea tu voluntad y no lo que yo pienso».

Mi padre no me habló durante el trayecto de camino hacia el hospital. Él respetaba mi dolor y mi angustia. No pensé que la fe le diese tantas fuerzas a alguien para resistir una prueba de amor como me la dio a mí.

Cuando llegamos al hospital, fui el último en darme cuenta, porque mi mente estaba en otro mundo. Entramos en compás y nos dirigimos hacia la recepcionista.

—Saludo. Mi nombre es Ezequiel. ¿Puede hacer el favor de decirme dónde se encuentra internada la paciente Massiel Jiménez?

—Un momento, por favor —respondió—. Cuarto número quince.

—Te esperare aquí, ve con Dios —me dijo mi padre.

Dejé los temores, y tomé el valor que me dieron mis seres queridos. Por cada paso que di, fue una lágrima derramada. No pude contener la tristeza, y a la vez, sentía una sensación de amargura por todo mi ser. Caminé ansioso de llegar, de ver la verdad. Me asomé al cuarto número quince con cautela y le di una mirada perspicaz a aquel ángel que reposaba tiernamente. Tomé una silla y la coloqué al lado de su cama. Sigilosamente, le sujeté la mano izquierda y le di un tierno beso, provocando que ella se despertara.

—Mi amor, ¿qué haces aquí? —me preguntó adormilada, brindándome una tierna sonrisa. No pudimos contener la emoción. Yo sentí un escalofrío en todo mi cuerpo.

—Tu madre me llamó ayer y me contó lo que sucedió. Estuve preocupado y decidí venir a verte.

La abracé tiernamente como si fuese la última vez que la volviera a ver. Lloramos como dos niños desamparados. La miré fijamente y le di el beso más tierno que recuerde haberle dado. En ese momento, nos dijimos un te quiero sin necesidad de pronunciar los labios.

—Mi amor, no te preocupes, todo va a salir bien. Debemos tener fe en Dios —le dije, llenándola de esperanzas.

Mi presencia le fortificaba el ánimo. Su cuerpo estaba cálido y me transmitía una energía que hacía revivir mi cuerpo. En ese mismo instante, entró el doctor para hacerle un chequeo rutinario.

—Doctor, ¿qué le está pasando?

—Sólo sufrió un desmayo, parece que no había comido y su cuerpo se debilitó —dijo.

Lo que menos entendía era por qué todo me lo ponían tan simple, era como si nada estuviese pasando, pero a la vez parecía el final de todo. No podía mantener la idea de que todo estaba bien, si ante mi parecía lo contrario. Ella se veía pálida, y su rostro caído. No tenía ánimo ni siquiera para ponerse de pie. Mis pensamientos me dictaban lo contrario. Empecé a preguntarme por qué se veía tan decaída. Recordé cuando Americana dijo que ella estaba mejorando, pero el doctor no lo comentó. Concluí que la situación estaba clara: ella tenía algo adusto. Platicamos por un rato para tranquilizarnos sobre nuestros planes, los que por culpa de la distancia no se podían conceder.

Salí del cuarto para dejarla descansar. Caminé un poco por el pasillo, sintiéndome desconcertado. Llevaba dudas y contradicciones, que cada vez me preocupaban más. Paré frente al cuarto número veintidós, allí estaban dos señoras junto a una niña. Una de las señoras estaba llorando, parecía que las cosas no le estaban yendo bien a la niña. Me asomé a la puerta, me miró y le devolví una sonrisa. Al ver esa situación, me dio deseo de volver al cuarto para dar una nueva mirada a mi tierna adorada.

De regreso al cuarto, la encontré tomando jugo.

—¿Te siente mejor? —le pregunté.

—Sí, mi amor. Parece que tu presencia ha sido la mejor medicina que he encontrado, después que me agarró esta dolencia.

—Me da mucha alegría escuchar tu dulce voz y saber que venir hacia ti ha mejorado tu salud.

—No hubo que dudarlo —sus ojos brillaron como el universo y su sonrisa fue sincera—. Me gustaría que te quedes conmigo, no aguanto más estar distante de ti —dijo. Si su propósito fue ponerme a pensar, sin duda, lo había logrado.

—Mi amor, si en esta vida existe algo que anhelaría es estar junto a ti. Tú tienes que comprender que tengo otra vida establecida en los Estados Unidos, y la verdad no sé cómo remediar esta situación. Me gustaría con todo el amor del mundo quedarme contigo aquí, para siempre, pero como tú bien sabes, existen otros obstáculos. No sabes cuánto me duele que

estemos viviendo de esta manera —le dije. Estaba consciente de que le dejaba otra preocupación además de su enfermedad.

Hubo un pequeño silencio sepulcral y ambos nos dimos una caricia a control remoto. Al intercambiar la mirada, entendimos que la situación no era tan fácil de lidiar, pero en ese instante se desmanteló entre mis brazos. Todos mis sueños estaban junto a ella, la distancia me dio a entender lo mucho que la quería.

—Qué lindo se ven juntitos —entró Americana, interrumpiendo la conversación y el abrazo.

—Madre e hija tienen mucho de platicar. Las dejo sola —les dije. Yo tenía mucho de que platicar con Americana, pero no era el lugar ni el momento preciso para hacerlo.

No obstante, regresé con mi padre. Él, al contrario de mi, veía las cosas de forma ordinaria. Yo las veía como el fin de la humanidad. También me sentía molesto conmigo mismo, por los obstáculos que se me presentan en la vida, de los cambios sorpresivos, y por las decisiones que toman aquellos que tienen control sobre nuestras vidas. Pero tal vez no fue todo eso lo que me molestaba, quizás fue el simple hecho de que las cosas no salían tal como las quería. Recordaba unos años atrás, en la adolescencia, cuando hacías las cosas sin planearlas, y ahora, me preocupaba de que salieran tal como las planeaba. Mi padre trataba de ayudarme, pero no me entendía por completo. Y lo peor aun era que yo comprendía su desesperación. Nunca convivimos como padre e hijo ni tuvimos esa oportunidad de conocernos íntimamente. No sabía si estudió, a qué escuela asistió, cuántas novias tuvo ni las cosas que los padres comparten con sus hijos.

De regreso a casa, me llovieron aquellos recuerdos hermosos que siempre vagaban en un espacio introvertido en mi corazón. Mi padre mantuvo sus manos en el volante, disimulando que yo estaba junto a él. «Qué barbaridad», pensé, lamentando el desagradable momento.

—No te preocupes, todo va a salir bien —dijo, mientras me miraba por el retrovisor.

En ese instante, lo miré y traté de suponer que él me había leído los pensamientos. Sin embargo, no podía mantener la idea de que todo estaba bien. Pensé en el tiempo, en las personas y en las millones de posibilidades de cosas que pude hacer un tiempo atrás. Pero no lo hice, tal vez fui cobarde o aun era muy niño para tomar tales decisiones.

Al bajarme del carro, vi a Manuel esperándome en el frente de mi casa. Me dio mucha alegría ver el apoyo de un verdadero amigo, aquel amigo que siempre estuvo cuando lo necesité.

—¿Cómo te sientes? —me preguntó.

No supe qué respuesta darle, la verdad fue que me sentí el hombre más miserable en ese momento, y hasta sentí el mundo sobre mí.

—Un poco mejor —le contesté, asumiendo que si me sentía mejor cuando todos sabíamos que no era cierto.

—Vamos a dar un paseo para que te relajes un poco —dijo, tratando de apartar de mí las preocupaciones.

—Está bien —acepté, con la voz calmada.

Caminamos en dirección al río. No sé por qué me llevaba a ese lugar, pero antes de haberlo hecho, ya lo percibía.

—Te agradezco mucho tu compañía, y ahora más que nunca me has demostrado tu sincera amistad —le dije.

Manuel sólo me miró y sonrió. Cuando llegamos al río, me llevó a nuestro lugar favorito de pescar. No sé qué sentí, pero tomé un fuerte suspiro y recordé los momentos afables que allí pasamos.

—¿Por qué me trajiste aquí? —le pregunté, derramando unas cuantas lágrimas.

—La verdad es que aquí hemos compartido momentos importantes de nuestras vidas, lo nuestro es una historia vivida. Siempre nos hemos apoyado uno al otro —dijo.

No sabía si reírme o llorar de la emoción de sus palabras conmovedoras. Me quedé observando a mis alrededores, buscando aquellos momentos perdidos que desde muchos años no he vuelto a recuperar.

Las ciguas palmeras, ave nacional de la República Dominicana, estaban constelando, mientras se escuchaba su dulce canto desde lo alto de las palmas. Manuel se quedó mirándome fijamente y me preguntó lo que quizás jamás deseé que me preguntasen.

—¿Qué ha sido de tu vida durante todos estos años?

No sabía por dónde empezar.

—¿Tienes tiempo para escucharla? —fue lo único que se me ocurrió decirle, y tal vez necesitaba desahogarme.

—Amigo, aquí estaré para escuchar toda tu historia.

Tristemente su rostro empezó a cambiar, sus ojos se les aguaron.

—Está bien, te contaré todo, pero quiero que me prometas que no llorarás al final.

Así fue como dejamos las cosas, mi mente empezó a analizar por dónde empezar la historia. Decidí contarle todo, desde el comienzo de mi existencia, así compartiríamos esos momentos vividos. Cerré los ojos y mi vida empezó a retroceder infinitamente, llevándome hacia la otra vida que no conocí.